

13 ENERO

LAS DIEZ COLINAS
Y EL CARRO DE ORO



“

Si no les ayudo, estos pobrecitos se perderán.

P

arecióle encontrarse en un extensísimo valle ocupado por millares y millares de jovencitos: tantos eran, que el siervo de Dios no creyó nunca hubiese tantos muchachos en el mundo. Entre aquellos jóvenes vio a los que estuvieron y a los que están en la casa y a los que un día estarían en ella. Mezclados con ellos estaban los sacerdotes y los clérigos de la misma.

Una montaña altísima cerraba aquel valle por un lado. Mientras don Bosco pensaba en lo que haría con aquellos muchachos, una voz le dijo:

- ¿Ves aquella montaña? Pues bien, es necesario que tú y los tuyos ganen su cumbre.

Entonces, él dio orden a todas aquellas turbas de encaminarse al lugar indicado. Los jóvenes se pusieron en marcha y comenzaron a escalar la montaña a toda prisa. Los sacerdotes de la casa corrían delante animando a los muchachos a la subida, levantaban a los caídos y cargaban sobre sus espaldas a los que no podían proseguir a causa del cansancio. Don Miguel Rúa, con las bocamangas de la sotana arremangadas, trabajaba más que ninguno y, tomando a los muchachos de dos en dos, los lanzaba por el aire en dirección a la montaña, sobre la cual caían de pie, y correteaban después alegremente por una y otra parte. Don Juan Cagliero y don Juan Bautista Francesia recorrían las filas gritando:

- ¡Ánimo, adelante! ¡Adelante, ánimo!

En poco más de una hora aquellos numerosos grupos de jóvenes habían alcanzado la cumbre: don Bosco también había ganado la meta.

- ¿Y ahora qué hacemos?, dijo.

Y la voz añadió:

- Debes recorrer con tus jóvenes esas diez colinas que contemplas ante tu vista, dispuestas una detrás de otra.
- Pero, ¿cómo podremos soportar un viaje tan largo, con tantos muchachos tan pequeños y tan delicados?
- El que no pueda caminar con sus pies, será transportado, se le respondió.

Y he aquí que, en efecto, apareció por un extremo de la colina un magnífico carruaje. Tan hermoso era que resultaría imposible describirlo, pero algo se puede decir. Tenía forma triangular y estaba dotado de tres ruedas que se movían en todas direcciones.

De los tres ángulos partían tres astas que se unían en un punto sobre el mismo carruaje formando como la techumbre de un cobertizo. Sobre el punto de unión se levantaba un magnífico estandarte en el que estaba escrita con caracteres cubitales, esta palabra: Inocencia. Una franja corría alrededor de todo el carruaje formando orla en la cual aparecía la siguiente inscripción: *Adjutorium Dei Altissimi Patris et Filii et Spiritus Sancti* (Ayuda del Altísimo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo).

El vehículo, que resplandecía como el oro y que estaba guarnecido de piedras preciosas, avanzó hasta colocarse en medio de los jóvenes. Después de recibida la orden, muchos niños subieron a él.

Eran quinientos. ¡Apenas quinientos, entre tantos millares de jóvenes, eran todavía inocentes!

Una vez ocupado el carro, don Bosco pensaba por qué camino habría de dirigirse, cuando vio abrirse ante sus ojos un camino ancho y cómodo, pero todo cubierto de espinas. De pronto aparecieron seis jóvenes que habían muerto en el Oratorio, vestidos de blanco y enarbolando una hermosísima bandera en la que se leía: Penitencia. Estos fueron a colocarse a la cabeza de todas aquellas falanges de muchachos que habían de continuar el viaje a pie.

Seguidamente dióse la señal de partida. Muchos sacerdotes se lanzaron a los varales del carruaje, que comenzó a moverse, tirado por ellos. Los seis jóvenes vestidos de blanco les siguieron. Detrás iba toda la muchedumbre de muchachos. Acompañados de una música hermosísima, indescriptible: los que iban en el carruaje entonaron el Laudate, pueri, Dominum (Alabad, niños, al Señor).

Don Bosco proseguía su camino como embriagado por aquella melodía del cielo, cuando se le ocurrió mirar hacia atrás para comprobar si todos los jóvenes le seguían. Pero, ¡oh doloroso espectáculo! Muchos se habían quedado en el valle y muchos otros se habían vuelto atrás. Con indecible dolor, decidió rehacer el camino para persuadir a aquellos insensatos a que continuasen en la empresa y para ayudarles a seguirle. Pero se le prohibió terminantemente.

- Si no les ayudo, estos pobrecitos se perderán, exclamó él.

- Peor para ellos, le fue respondido: fueron llamados como los demás y no quisieron seguirte. Han visto el camino que hay que recorrer y eso basta.

Don Bosco quería replicar: rogó, insistió, pero todo fue inútil.

- También tú tienes que obedecer, le dijeron.

Y tuvo que proseguir el camino. Aún no se había rehecho de este dolor, cuando sucedió otro lamentable incidente: Muchos de los chicos que se encontraban en el carruaje, poco a poco, habían caído a tierra. De los quinientos, apenas si quedaban ciento cincuenta bajo el estandarte de la inocencia.

A don Bosco le parecía que el corazón le iba a estallar en el pecho por la insoportable angustia. Abrigaba, con todo, la esperanza de que aquello fuese solamente un sueño: hacía toda clase de esfuerzos para despertarse, pero cada vez se convencía más de que se trataba de una terrible realidad. Daba palmadas y oía el ruido producido por sus manos; gemía y percibía sus gemidos resonando en la habitación, quería disipar aquella terrible pesadilla, pero no podía.

- ¡Ah, mis queridos jóvenes!, exclamó al llegar a este punto de la narración del sueño, yo he visto y he reconocido a los que se quedaron en el valle; a los que se volvieron atrás y a los que cayeron del carruaje. Os reconocí a todos. Pero no lo dudéis: haré toda suerte de esfuerzos a mi alcance para salvaros. Muchos de vosotros invitados por mí a confesarse, no respondisteis a mi llamada. Por caridad, salvad vuestras almas.

Muchos de los chicos que cayeron del carro fueron a colocarse poco a poco entre las filas de los que caminaban detrás de la segunda bandera.

Entretanto, la música del carro continuaba siendo tan dulce, que el dolor de don Bosco fue desapareciendo.

Habían pasado ya siete colinas y al llegar a la octava, la muchedumbre de jóvenes llegó a un bellissimo poblado en el que se tomó un poco de descanso. Las casas eran de una riqueza y de una belleza indescriptibles.

Al hablar a los jóvenes sobre aquel lugar, exclamó don Bosco:

- Os diré con santa Teresa lo que ella afirmó del Paraíso: son cosas que si se habla de ellas pierden valor, porque son tan bellas que es inútil esforzarse en describirlas. Por tanto, sólo añadiré que las columnas de aquellas casas parecían de oro, de cristal y de diamante al mismo tiempo, de forma que producían una grata impresión, saciaban a la vista e infundían un gozo extraordinario. Los campos estaban repletos de árboles en cuyas ramas aparecían, al mismo tiempo, flores, yemas, frutos maduros y frutos verdes. Era un espectáculo encantador.

Los jovencitos se desparramaron por todas partes: atraídos unos por una cosa, otros por otra, y deseosos al mismo tiempo de probar aquellas frutas.



El 22 de octubre de 1864 narró Don Bosco este sueño, que él mismo interpreta de la siguiente manera:

El valle es el mundo. La montaña, los obstáculos que impiden despegarnos de él. El carro, lo entendéis. Los grupos de jóvenes a pie, son los que, perdida la inocencia, se arrepintieron de sus pecados.

Una interpretación que nos hace palpar en el sueño la misma intencionalidad de otros sueños: hacer ver a los jóvenes la importancia de mantener la pureza-inocencia, o de arrepentirse mediante el sacramento de la confesión de sus pecados y seguir adelante.

La confesión era para Don Bosco un sacramento esencial es su acción educativa. La famosa fotografía confesando al joven Pablo Albera en medio de otros muchos muchachos del oratorio, realizada en 1861, refleja la importancia de este sacramento en su método. Muchos de sus sueños giran en torno al tema de la necesidad de una buena confesión, así como una asiduidad en la práctica de la misma. Tres son las prácticas que el sacerdote continuamente aconsejaba sobre este sacramento: su conveniencia, la necesidad de la estabilidad de un confesor y la frecuencia del sacramento, cada quince días o al menos una vez al mes.

Para conocer la importancia que el santo daba al sacramento basta acudir a las primeras páginas de las Memorias del Oratorio. Don Bosco aprendió primero de su madre a frecuentarla. Nos dice: "Recuerdo que me preparó para la primera confesión y me acompañó a la iglesia: comenzó por confesarse ella misma, me encomendó al confesor y, después, me ayudó a dar gracias". De Don Calosso aprendió a ver la necesidad de un guía estable que lo animaba a frecuentar la comunión y la confesión. Un sacramento esencial al que también Don Cafasso dio gran importancia y que estará siempre presente en la vida de Don Bosco.

De esta manera, el santo inculcó a sus jóvenes del oratorio, mediante sueños y mensajes que era necesario y vital acudir a este sacramento para sanar el espíritu y ser santos.